

Fabián Vidal ha dicho que los socialistas estamos hundiendo, o poco menos, a la República. Si la estrechez mental y la miopía no se lo impidieran, Fabián podría ver en esa afirmación a qué punto llega su cretinismo.



RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

Símbolo

Glosa de la «Commune».—Fue un movimiento desafortunado, sin táctica, sin plan, que tenía que finalizar como finalizó. Pero es difícil sustraerse a la emoción de los instantes aquellos, en que la Humanidad era otra cosa; estaba abocada en otros panoramas, y el levantamiento de los socialistas en la sociedad burguesa era como el levantamiento de esclavos en los tiempos de la señorial Roma. Hemos de hacer de la «Commune» un símbolo, porque los símbolos son los que dan valor a la investigación de la Historia, y, lógicamente, nosotros abonaremos por la Historia. Historia socialista. Para buscar las entrañas de nuestro movimiento habrá que retrotraerse a ese puñado de utópicos que, aún sin la luz clara de Marx, pero comprendiendo la evidente injusticia social y la necesidad de reforma del régimen económico, se alzaron en París para hacer una revolución. Su revolución, que no había hecho el movimiento de los derechos del hombre francés.

Hicieron patente una cosa: Que las Constituciones siempre son para el que trabaja y el que sufre un papel mojado, y que nada significan los movimientos, los levantamientos, las revoluciones políticas, si dentro no germina un ansia de renovar económicamente los estratos societarios. Quizá esta verdad asustó a media Humanidad; pero a otra media le hizo caer una venda que su cara cubría. La Revolución francesa no era la fórmula perfecta. El pobre, el desafortunado que en los ejércitos de «sans culottes» gritó el Termidor, continuaba y continuaría tan misero, aunque muchos Termidores se diesen. A la Revolución francesa no se la podía elevar a la categoría de símbolo. Solamente el correr de una cortina para presentar la visión del campo, virgen todavía, de la lucha de clases.

Un recuerdo para los caídos. Sangre de camaradas que abrió un surco. Reafirmación de nuestro espíritu de clase ante el espíritu de clase burgués. Sería necesario que siempre, siempre, resonasen en todos los oídos ecos de las descargas del «Père Lachaise».

¡¡VIVA LA "COMMUNE"!!

Programa

Aunque los partidos burgueses presentan la revolución de la «Commune» como un movimiento esencialmente municipalista y parisino, fué socialista en su programa y en sus tendencias. El objeto del mismo, indicado en la «Declaración al pueblo francés» el 19 de abril, era universalizar la propiedad. En el manifiesto a los departamentos dice: «El utensilio de trabajo, para el obrero, y la tierra, para el que la cultiva.»

He aquí algunas de sus resoluciones:

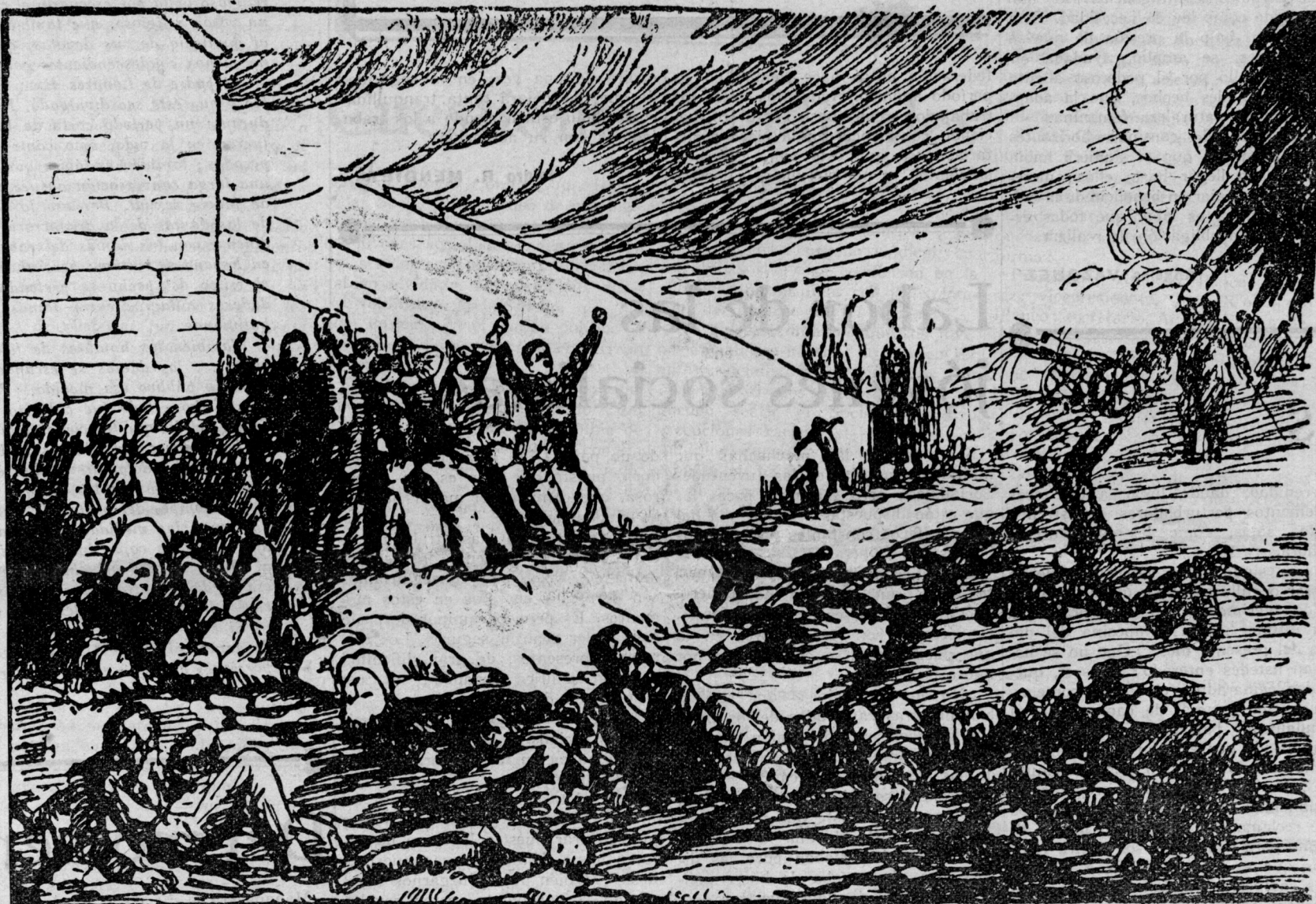
a) Reducir a 6.000 pesetas anuales el máximo de salario en los servicios.

b) Ninguna administración privada podrá imponer multas ni retener el salario de sus empleados u obreros.

c) Queda prohibido el trabajo de noche en las tahonas.

d) Se creará una legislación del trabajo para el obrero.

e) Comprendiendo que la cooperación es un medio de restituir el capital a los que le hacen producir, las Cámaras sindicales harán una estadística de los talleres abandonados y los útiles en ellos existentes; presentarán un dictamen en que se establezcan las condiciones prácticas para explotar inmediatamente esos talleres por los trabajadores constituidos en Sociedad cooperativa.



EL MURO DE LOS FEDERADOS

Figuras de la "Commune"

FLOURENS

Ya en las angustias de la derrota se retiraba presuroso a refugio seguro. Guardado en una casa de Chatou, un burgués vil y cobarde, un infame mercader del pueblo, temblando de miedo, le delató a los gendarmes. Fué detenido rapidísimamente. Al sujetarle, el capitán Desmarest, otro miserable, le preguntó si era efectivamente Flourens. A la respuesta afirmativa contestó a su vez:

—¡Bandido!

Y desenvainando el sable partió en dos la cabeza del desventurado prisionero.

Sus restos, arrojados como carnaza sobre un carro, fueron regocijo en Versalles de las damas de la alta burguesía, ansiosa de contemplarlos.

TONY MOILIN

El Consejo de guerra que entendió en los procesos de la «Commune» añadió el nombre de Tony Moilin al de sus demás víctimas. Tony no había hecho uso de las armas. No se había distinguido activamente. Sin embargo, la reacción de París le consideraba como un peligro y aprovechó el momento para desembarazarse de él. A río revuelto fué ganancia de los pescadores. He aquí la declaración del Tribunal militar, que consta en los folios de su proceso. Fué condenado «por ser uno de los jefes del Partido Socialista, peligroso por su talento, su carácter y su influencia en las masas; por ser uno de esos hombres de que un Gobierno prudente y sabio debe desembarazarse cuando llega la ocasión».

El camarada Moilin, convicto y confeso de todos estos horribles crímenes, tuvo un breve plazo de permiso para despedirse por escrito de la familia. Acto seguido fué asesinado. Le fusilaron la mañana del 23 de mayo. Cuando su viuda reclamó el cuerpo le fué negado.

La «Commune» fué el principio de la empresa revolucionaria del proletariado.

APENAS la bandera roja cayó empapada en la sangre del último combatiente, fué recogida por el mundo entero, que hizo de ella el signo de su redención.

Los obreros alemanes, los belgas y los suizos se sublevaron con motivo de tan odiosos asesinatos, haciéndose solidarios de sus hermanos de la «Commune».

¡Jóvenes!
Que la actitud heroica de los comunistas sea un ejemplo.

LA burguesía ha pretendido desvirtuar el sentido histórico de esta fecha diciendo que fué un movimiento de carácter municipalista y local. Después, viendo lo inútil de sus esfuerzos, lo proscribió y lo condenó. Nosotros, los jóvenes socialistas, hacemos ver a la burguesía que el movimiento de la «Commune» fué el primer golpe a sus cimientos.

Examinadas hoy objetivamente estas declaraciones, parecen ingenuas y utópicas. Pero la realidad es que ellas fueron la semilla del Socialismo.

Feminismo

La hazaña de una mujer

Los periódicos, en sus noticias internacionales, insertan estos días una nueva hazaña realizada por una mujer: Miss Earhart, piloteando sola un aeroplano, a través de un vuelo el océano Atlántico en un *raid* magnífico y de felices resultados.

Una vez más, América envía a la vieja Europa un mensajero temerario y de sano optimismo, como representante de una raza fuerte y audaz.

Al leer la proeza de miss Earhart sentimos la sensación vaga de una cultura inferior frente al tipo recio y decidido de la mujer americana, forjada en la aspereza heterogénea de un pueblo moldeado por diferentes civilizaciones.

Aunque el movimiento feminista se encontrara en sus principios en Inglaterra y Francia, hay que reconocer que a partir del siglo XIX tiene en Europa este movimiento la influencia americana, con los caracteres de consciente y firme.

La emancipación de la mujer se desarrolló con mayor intensidad en América porque se presentó con toda la fuerza y audacia de este pueblo nuevo, que tiene como insignia la máxima de «Go ahead» (adelante).

La americana, que puede igualarse en valor y temeridad con el hombre, no permaneció callada y sumisa frente a la indiferencia y abandono en que la dejaron cuando los pueblos del continente, en los años de prueba, peleaban por la reconquista del suelo.

A partir de la guerra de la Independencia el movimiento femenino tomó verdadero incremento, y en su programa, como labor principal a realizar, incluyeron el sufragio.

Sin embargo, el feminismo americano no se manifestó sólo por la conquista de sus derechos políticos, sino que propugnó por la igualdad social

de uno y otro sexo, y en la enseñanza, en el ejercicio de las profesiones liberales, en las industrias y en el comercio la mujer americana escaló los más altos puestos, transformando paulatinamente su antigua educación, asimilándose la única cultura que existía, hecha por el hombre, y creando, en fin, una serie de actividades desconocidas muchas de ellas fuera de América, incomprendidas otras.

España, que atraviesa en la actualidad un período reconstructivo de su cultura, no mira, como antaño, con ojos aviesos y torpes de acerbo censor el avance femenino que antes negara la sociedad. Sin embargo, todavía existe cierto sector gazonero que tiene puestas sus ilusiones y el radio de acción en las encíclicas impregnadas de mansedumbre o en los atrasados conceptos de la vida sugeridos por mentalidades pobres de espíritu.

Hay quien no comprende el magnífico vuelo de una mujer hacia horizontes más amplios porque en su empequeñecido espíritu no entra el salto prodigioso de la cultura. Lamentan la transformación cultural de la mujer, y no se resignan a despedir, por innecesarias, los guardianes morales de sus hijas, que con el nombre popular de «carabinas» actúan como tristes remedos de una cada educación.

Las aspiraciones de la mujer, que siempre han sido rechazadas por la hostilidad de la sociedad, en virtud de las actuales contingencias se han adaptado como ley de necesidad. Esta evolución, bajo la presión de nuevas situaciones, se amplió, ayudada en su desarrollo por el poderoso aliento de los grandes hechos, que la adaptaron a la naturaleza femenina.

Se abren de continuo horizontes para la mujer, que ni siquiera había sospechado llegar hasta ellos; merecidos y trabajar en beneficio de la cultura humana es labor que todas estamos en la obligación de realizar.

Angelos VAZQUEZ

Sindicalistas

Una pistola, un brazo mercenario y una conciencia oscura. He aquí tres factores que sumados arrojan, invariablemente, el siguiente resultado: un sindicalista. Puede llamarse también pistolero. Pero no lo es. Estos hombres son convencidos revolucionarios; sustentan un ideal y aspiran a implantar un programa mínimo. Si usan la pistola no es como procedimiento de convicción; lo hacen para defenderse. Si asaltan Bancos no es porque sean vulgares ladrones; lo hacen para allegar fondos para la causa santa de la revolución. Repetámoslo: son convencidos revolucionarios, incansables luchadores. Tan incansables, que apenas acaban de sufrir un descalabro se ponen nuevamente en movimiento con toda la aparatosisidad propia de estos casos.

Una huelga, otra huelga y otra huelga producen una derrota, otra derrota y otra derrota. Pero los sindicalistas no se arredran. ¿Que ya no sirve la pistola? ¿Que no se puede vencer tampoco con la navaja? No importa. Se utilizan bombas, terribles artefactos mortíferos en consonancia con el furor revolucionario de los cenetistas. Hay aún otro elemento de lucha sindicalista. La tea, la roja tea humeante que va sembrando el pánico y el dolor, el hambre y la miseria por los campos andaluces, extremeños y castellanos.

¡Pobres campesinos! Terreno de experimentación de los absurdos procedimientos anarquizantes, ven cómo no pueden trabajar un instante con tranquilidad. Antes, el hambre terrible les impedía el descanso; la crisis les sumía en la miseria. Y ahora, cuando la madre Naturaleza se siente espléndida con los que laboran por el bienestar de la Humanidad y les concede como recompensa una buena cosecha, los sindicalistas, ferocemente revolucionarios, incendian los campos de mies, impidiendo que puedan ganarse unas pesetas unos centenares de hombres hambrientos. Pudiera decirse que desean tener a estos hombres en la miseria para poder manejarlos a su antojo. Incendian los campos como si con ello no perjudicaran, más que a nadie, a los propios trabajadores. Pero huelga tras huelga, movimiento tras movimiento, el campesino español va despertando. El, a pesar de su ignorancia, posee una inteligencia despierta; un talento natural cuya única falta es no estar cultivado. Discurre sobre su situación y llega a la conclusión de que estos movimientos, estas actitudes de violencia le perjudican. Ve que cuando, incitado por esos elementos, se lanza a asaltar, a quemar, a destruir con ánimo de venganza; cuando, hambriento, sale a la calle a pedir tumultuosamente pan y trabajo, surgen siempre terribles los cañones negros y lúgubres de los mortíferos fusiles. Como es natural, se produce el retroceso, la desilusión al ver que nada se consigue. Y se impone la

serenidad, dando lugar a que esos elementos perturbadores se estrellen ellos solos, como les ha ocurrido ahora.

Los sindicalistas pueden y deben estar orgullosos de su último triunfo. Nos referimos, como es natural, a la última huelga campesina del día 19 del presente mes. ¿Que no se habían ustedes enterado? Pues sí, queridos camaradas: el día 19 comenzó la huelga general de campesinos en Andalucía, patrocinada, dirigida e impulsada por el gran organismo revolucionario conocido por la Canuta (C. N. T.). Hubo gran preparación, publicidad extraordinaria y anuncios de reclamo. No se escaseó medio alguno para anunciar a los cuatro vientos que se iban a lanzar a la calle los campesinos andaluces en los momentos en que pueden resarcirse en parte de su hambre aprovechando los dones excelsos de la Naturaleza. Faló únicamente que utilizaran anuncios luminosos y que lo anunciaran por radio. Esta propaganda, como era natural, dió sus frutos. ¡Vaya que sí los dió! ¡Ni un solo campesino abandonó el trabajo! ¿Se quiere mejores resultados?

Hay hechos que parecen inexplicables. Mientras que los sindicalistas en sus periódicos y en los que pagan los capitalistas para jalearse hablan con grandes titulares de Sevilla, la roja, de la revolución campesina en Andalucía, los trabajadores del agro andaluz siguen sus faenas inconvertibles a las pretensiones sindicalistas. ¿Qué contrasentido! ¿Qué habrá sucedido? Sencillomente: que el campesino despertó y se dió cuenta de lo que con él se hacía. Y se rebeló. Fue la única vez que se rebeló por instinto propio, por deseo de conservación. Por ser así precisamente, lo hizo contra los que, bajo el antifaz de falsos Mesías redentores, ocultan su verdadera personalidad de asesinos y saltadores de Bancos.

Los sindicalistas, según se desprende de las informaciones publicadas por la prensa, preparaban algo contra el régimen. Algo que ni ellos mismos saben lo que es. Cabe suponer que se organizaran un reclamo gratuito en la prensa burguesa, a pesar de que ésta se lo hace muchas veces. Y hasta elogia y todo. Pero el reclamo periodístico ha debido de convertirse en una acusación constante y tenaz de toda la clase trabajadora contra sus absurdos procedimientos de lucha, contra sus descabelladas actuaciones y contra sus deseos de perturbar la vida normal de la República. Prueba de que así ha sucedido es la actitud adoptada por los campesinos de Andalucía.

La C. N. T. camina hacia su muerte definitiva. Lo hemos dicho en otra ocasión: estos movimientos son las convulsiones de la agonía. Agonía lenta, trágicamente dolorosa, que hace sufrir al enfermo terriblemente; pero agonía que ya es imposible remediar. Como el régimen capitalista, la Con-

Facetas del capitalismo

Un rector rijoso y mujeriego

Nos ha traído la noticia la misma prensa burguesa. Es tan significativa casi como el encarcelamiento del multimillonario Curtis. Un pastor protestante ha sido procesado, a instancias del obispo de Norfolk, por su afición, desusada en un religioso, al sexo débil. La prensa nos habla de las andanzas de este rector así:

«Hace algún tiempo fué sorprendido el rector en uno de los establecimientos pertenecientes a una poderosa Compañía en el momento en que sellaba con un ósculo en la frente de una camarera su labor catequista. El rector fué expulsado del local, pero apeló a los Tribunales y consiguió una indemnización de 200 libras esterlinas por daños y perjuicios. En el proceso que se le sigue ahora aparece como cargo principal el de haber sostenido relaciones dudosas con otra camarera del mismo establecimiento y haber dado lugar a que su celo sea interpretado en sentido inmoral en varios casos en que se ha dirigido a jóvenes obreras y empleadas de humilde condición.»

Como se ve, el padre se las trae. La decadencia del régimen capitalista arrastra tras sí a las instituciones religiosas. Vemos cómo ya no se resiste a las tentaciones de una corista ligerita de ropa ni un sereno padre protestante, que debiera ser todo ecuanimidad y castidad. Después de visto esto ya es posible verlo todo. A lo mejor, cualquier día vemos en los escaparates de las librerías, firmado por nuestro cardenal Segura, un libro galante, o el relato de la vida licenciosa de Jesús de Nazaret.

Hasta ese extremo han llegado las instituciones del capitalismo.

federación entró hace tiempo en su período agónico. Ayudemos todos los trabajadores con nuestro esfuerzo, haciendo consciencia en la clase proletaria, para que este viejo enfermo, carcomido ya por sus vicios y lacras,

expire de una vez, en la seguridad de que nos dejará tanta tranquilidad como daño está haciendo a los trabajadores con su actuación.

Isidro R. MENDIETA

Labor de las jóvenes socialistas

Son muchas las muchachas que militan en las filas de las Juventudes Socialistas; pero son muy pocas las que están dispuestas a luchar y a hacer sacrificios constantes por nuestros ideales.

La mujer socialista, contrariamente a lo que muchos compañeros nuestros opinan, es capaz de competir siempre con los hombres en lo que pueda referirse al sacrificio por nuestras ideas.

¿No era sacrificio el que realizaban nuestras camaradas de los tiempos pasados, cuando tenían que luchar constantemente con la oposición de las llamadas católicas?

Entonces se peleaba más que hoy, y sobre todo—conste que no es censura, sino deseo de una lucha constante—, les importaban poco las diversiones. Se trataba de hacer política nuestra y divulgar nuestras doctrinas. ¿Cuántos sacrificios constantes para poder efectuar muy poca labor!

Hoy la mujer que se dedica a la propaganda, constantemente encuentra quien, llamándose revolucionario, la ataque y diga que no conoce las doctrinas socialistas. Creen que, como aquellas damas antiguas, salimos a los pueblos para lucirnos. ¿Qué pobres de espíritu son!

A estos elementos, llamados generalmente comunistas, tenemos que decirles que no conocen las doctrinas marxistas. Para poder enjuiciar una idea política o sindical hay que conocer a fondo todas las teorías y estudiar, también a fondo, qué puede convenir más a la clase trabajadora

de un país. Digo a la clase trabajadora, puesto que ésta es tan numerosa, que compone el mayor número de ciudadanos.

¿Conviene a la clase trabajadora, en el momento presente, la idea comunista? No. Nada conseguiríamos con derrochar energías en estos momentos. Es preciso caminar despacio para poder avanzar seguros. Los momentos presentes, de gran dificultad para la política española, no son propicios a doctrinas violentas.

Ahora bien: esto no quiere decir que los socialistas no sientan la idea de reivindicación rápida para el obrero. ¿Cómo no!

Pero ¿ha dicho el Socialismo su última palabra? No. Entonces, ¿por qué censurar nuestra labor, si no conocen hasta dónde alcanzan nuestras ideas? ¿Quién puede juzgarnos mal? Serán, seguramente, estos revolucionarios que se dan cuenta ahora de las reivindicaciones? ¿Dónde han estado hasta estos momentos?

En fin, ¿tendremos que convencernos de que no son revolucionarios? ¿Pobres muchachos! Y dicen que las mujeres no conocemos el Socialismo.

Lo conocemos muy bien; pero es preciso estudiar más. Es preciso prepararnos para la gran lucha que se avecina. Ha de ser muy dura; pero valientemente, como siempre, sabremos afrontarla.

A trabajar, que siempre encontramos compensación viendo que nuestra labor ha obtenido el fruto que todos deseábamos.

Victoria CASTRO

La Reforma agraria

En más de una ocasión hemos señalado en estas columnas la conveniencia de que la Reforma agraria sea sancionada inmediatamente por la Cámara constituyente para que puedan llevarse a efecto sus postulados. Se dedica especial atención, preferencia, al Estatuto catalán, y—permitido séanos decirlo—el hecho nos causa ingrata impresión.

La situación del campo ya no puede esperar. No puede esperar porque es grave. Y porque es grave, requiere una rápida solución. Y esa solución sólo puede hallarse en la Reforma agraria.

Sin precipitaciones, sino estudiando metódica y detenidamente el problema, creemos que las Cortes—que tantas pruebas han dado de su capacidad, de su inteligencia y hombría—deben acelerar ese estudio y, en posesión del suficiente

conocimiento de causa, resolverlo.

No vamos a señalar el porqué de la conveniencia de que así se haga. Porque, además de que lo hemos hecho cumplida y repetidamente desde estas mismas columnas, se ha repetido tantas veces, que al insistir nosotros en las razones que abonan nuestro criterio partidario de que se resuelva a la mayor brevedad el problema, lo único positivo que lograríamos sería restarnos espacio, por cuanto son de sobra conocidas esas razones, tanto por nuestros lectores como por la opinión.

Apremia la discusión. Su discusión y aprobación. Aprobación que implicará hacer justicia al campesino español, que, pese a la ignorancia que se le imputa, ha sabido sacrificarse, luchar como el que más por el advenimiento de la República a nuestro país.

SILUETAS DEL MOMENTO

Un pastor modelo. —Días pasados una crónica de Londres hablaba de la instrucción de un proceso contra un pastor religioso que se dedicaba a salvar de la condenación eterna a las muchachas que en los cabarets prestaban sus servicios.

El buen padre seguía la trayectoria de aquel iluminado que en la corte de los zares se dedicaba a salvar del vicio a las ilustres damas encenagadas en el mismo. Todo esto, que a simple vista parece un problema de perversión, resulta que es un problema de moral, y aquellos que hablamos continuamente de delitos contra el pudor tenemos que convencernos de que tratado por un religioso adquiere un tinte perfectamente legal que encuadra dentro de las máximas evangélicas, derrotando, por lo tanto, aquellas costumbres de castidad que fueron privilegio de santos votos.

Antes nos horrorizábamos cuando jóvenes de uno y otro sexo se encerraban perpetuamente en verdaderas fortalezas para observar unas reglas tan rígidas que eran enormidades. ¿Cómo resistirían los impulsos del sexo? ¿Responderían sus convicciones o sus doctrinas? Pero ahora, con las nuevas teorías, podemos explicarnos algo, porque si su propósito era ir en contra de la Naturaleza, las flagelaciones tendrían un carácter especial, y éste bien pudiera ser salvar con la impureza almas descarradas, con lo cual el sexo quedaba satisfecho y la religión serena.

Vemos a las damas del crucifijo y, como cosa natural, decimos: ¡Van camino de su salvación! La celosía del confesionario será la propaganda de las creencias y el comienzo del camino de la purificación total de los cuerpos. ¡Si Dios es testigo, si la impureza van a lavarla en las fuentes puras que un buen padre les prepara!, por eso ellas van tan complacidas, sobre todo si son jóvenes, porque el clero siente una predilección grande por los tiernos recitales del baño religioso.

Por eso el pastor londinense claramente expone sus doctrinas y desea la publicidad; porque hasta ahora todo el programa moral místico religioso tenía por escenario el claustro sombrío o la habitación santa de un varón religioso, que también salta a administrar sus buenos oficios al domicilio de sus devotas, que contaban con la aquiescencia de los no menos condescendientes compañeros.

El padre de Londres dice: «Fuera caretas!» Predicar con el ejemplo y que éste sea divulgado. Hoy se lleva dos a su casa y las instruye durante un período corto de tiempo; no como iniciación, pues ya lo fueron en la vida, sino como purificación. El agua bendita lava los pecados; también es lógico que la mano que tal líquido bendice, y tras una larga conversación absuelve, pueda, en la práctica, borrar pecados de índole sexual. Por eso lo hacía Rasputin, con gran complacencia de las damas de la aristocracia rusa; también lo inicia el pastor londinense con las damas del cabaret. Creemos que ocultamente también en España se cultiva; pero ahora nos cabe la sospecha de que al colgar el cristal del pecho se pretende crucificar un pasado para hacer verdaderos milagros entre damas de acrisolada bondad y religiosos rasputinianos.

También los hombres de faldas pueden ser padres, dicen los repúblicos; y las damas se escandalizan, porque no quieren que sea del dominio público esa medida. ¡Pobres de ellas si la idea se generaliza! Hasta ahora todo fué cubierto por los velos de la clausura monástica. Si llega el día que trascienda a la plebe, no será extraño que muchos frailes bondadosos con ellas se dediquen en los cabarets a sacar almas del vicio, encerrándolas breves días en sus celdas, de las que saldrán hechas unas verdaderas santas, porque allí todo es divino.

El ejemplo del pastor de Londres suponemos que cundirá, si antes no toman las medidas necesarias las damas preferidas; porque si por una pequeñez como implantar la República fué suficiente para colgar a Cristo, el caso presente es de tal naturaleza que hará preciso tomar esa medida contra todos los frailes que en momentos difíciles, en los cuales llama la Naturaleza, las abandonen.

Si esto sucediera la cosa no tendría remedio, porque la emigración de damas al Reino Unido en busca del buen pastor tendría tales proporciones que sería una verdadera catástrofe para los santos hogares.

C. PEDROSA

Del momento

Mañana era el día de la revolución anarquista. El proletariado español había conquistado el mayor triunfo contra la burguesía. La Federación anarquista había organizado la revolución de tal manera, que el día 29 de mayo las banderas ácratas se desplegarían en los pocos edificios que no hubiesen sido volados por las bombas de los revolucionarios. Darían la batalla los campesinos andaluces. Todo estaba previsto. La Confederación Nacional del Trabajo haría un gran papel en esta hora histórica de España. Pero faltaba dinero para el triunfo. ¿Dónde hay dinero? En los Bancos, dijeron los sindicalistas. Hubo dinero. Para ello se asaltaron.

Pero quién podía pensar en la traición. Siempre hay quien se interesa porque los fracasos sean resonantes. Pero... el caso es que el movimiento ha fracasado. Hemos leído un manifiesto en el cual el Dr. Vallina, jefe del movimiento revolucionario de Andalucía, dice que la traición parte de la F. A. I. Sin embargo, los anarquistas dicen todo lo contrario. ¿Quién lleva razón? Entre tantos traidores, ¿quién lo va a saber?

Notábamos en el Gobierno un trato de complacencia para con las derechas que, lógico es, no nos

agradaba en nada. Máxime cuando existían motivos más que suficientes para proceder contra ellas. El Gobierno, sin embargo, dándose cuenta de la realidad, de la necesidad apremiante de proceder, al igual que lo hace contra las llamadas izquierdas, contra las derechas, ha deportado a Albiñana, ese ente de no sabemos qué procedencia y defensor de no sabemos qué designios, porque, ciertamente, Albiñana no es ni ha sido político: es un personaje, repugnante en sí, que, carente hasta la saciedad de la menor cantidad de sentido común, pululaba por ahí causando, cuando no inspirando compasión, risa a cuantos conocían sus andanzas. Pero es propósito nuestro hoy no examinar y hacer un análisis psicológico de este buen señor, sino mostrar al Gobierno nuestra más viva satisfacción por la medida adoptada al deportar a Albiñana. Y a la par mostrarle asimismo nuestro deseo de que esta decisión suya contra un hombre de derechas marque una pauta para la adopción de otras decisiones análogas, encaminadas a cortar, como sea, los desmanes chulescos de las derechas.

LOS sindicalistas que preparaban la "revolución" son los mismos que asaltaron el Banco de Vizcaya.

Es decir, unos vulgares atracadores.

¿Puede hacerles algún caso el proletariado?

FANTOCHES DE GUIÑOL

El hermano Jesucristo

Se me apareció Jesucristo pocas noches ha, en mi despacho, cuando, ensimismado, roía el mango de la pluma y buscaba fuertemente los ojos en busca de un tema que desarrollar en esta malaventurada sección. No alcancé a verle hasta pasado un rato, porque sus pasos eran ingravidos, cual corresponde a un bienaventurado. La causa de cesar en mi ardoroso empeño de suavemente deglutirme el mango de la pluma fué cierto olorillo que expandió por toda la habitación el melancólico visitante.

— ¡Uf, qué olor a sacristía! — rezongué — ¡Maldecidas sean las once mil vírgenes; si este tufo beato me levanta un dolor de cabeza de esos que asesinan!...

— No blasfeme, hermano.

Volví, sorprendido, la cabeza. Con las manos caídas y la cabeza dulcemente reclinada sobre el hombro, allí estaba el que había profirido las palabras. Al ver que era contemplado extendió suavemente uno de sus brazos hacia mí, murmurando:

— Bendícite.

Enarbolé mi pisapapeles de mayólica, pertrechándome tras la mesa:

— ¿Quién es usted, caballero?

— Un hermano de Dios. Bendita sea su divina Providencia. El, lo mismo ha creado la hormiga que el camello; el hombre, que el gusano. Sea alabado por todas sus obras y sea venerado por todos sus hechos. La bondad infinita de su corazón ha posado por todas partes y nos ha...

— Pero, caballero...

— Nos ha fortalecido el espíritu. El tiene en sus manos la vida y la muerte, y ante él hemos de inclinarnos todos reverentemente.

No pude escuchar más, y grité, indignado:

— Caballero, es usted un borracho! ¿Ha creído que es un medio decente penetrar en un piso ajeno a estas horas de la noche, con ese camión de dormir y profirir incongruencias? Está usted más insuflado de alcohol que una cuba. Y quién sabe si su señora no estará llorando a estas horas su ausencia. Y sus niños. Porque usted tiene cara de haber logrado muchos niños. Marche, márchese a dormir a su casa. Y si no sabe usted llegar a ella, quédese en los peñales de la escalera, que por una noche nadie lo sabrá. Le dejaré, además, un almohadón y un abrigo viejo para que se resguarde del frío.

— La verdad, hermano — contestó riendo —: soy Jesucristo.

— ¡Vaya por Dios, hombre. ¿Quiere usted una tacita de té? Se lo pondré muy cargado para que se despeje. Y ¿qué ha sido? ¿Montilla o Pedro Ximénez añejo? Repórtese, repórtese. Quién sabe si no será usted un modesto funcionario del Estado que por obligación, ha tenido que asistir a un banquete. Es de dominio público que en los banquetes un porcentaje elevadísimo de modestos funcionarios siente apatencias de coger indigestiones de entrecot con patatas y de emborracharse...

— Soy Jesucristo, hermano! ¡Caramba! ¡Ya me ha hecho usted perder la paciencia!

Y me dió un empujón hasta sentarme en un diván. Se aseguró la túnica, que con el esfuerzo se escurrió, y, por último, enseñó las palmas de las manos, cada una con su correspondiente llaguita.

— Soy Jesucristo, y se lo voy a demostrar. Hechos y nada más que hechos. Las palabras se las lleva el viento. He aquí un tintero. Pues contemple...

Se remangó. Tres pases magnéticos. ¡Zas!... ¡Zas!... ¡Zas!... Diez hermosos tinteros absolutamente iguales cubrían toda la mesa.

Quedé verdaderamente asombrado. Era un poco extraño todo esto; máxime en mi domicilio, donde posan en las paredes hermosas oleografías de Pablo Iglesias y Carlos Marx, que, indudablemente, tienen que reflejar a la vista de un santo. Pensando en todo ello no supe más que balbucir:

— Perdón... Perdón... Siéntese..., haga el favor...

Jesucristo tomó acto seguido la palabra:

— Bendito y alabado sea el santísimo Sacramento del Altar. Usted preguntará: ¿Qué puede traer a este individuo, fallecido tan ricamente hace más de mil años, a la tierra? Gaudeamus Deo. Es una pregunta fácil de contestar, con la ayuda de María Purísima.

— ¿Por qué no suprime usted las citas religiosas? — me atreví a insinuar.

— ¿Le molestan?

— Francamente... No estamos acostumbrados en mi domicilio. Desentonan con el color del mobiliario y no se aprecian en lo que valen.

— Bien; las suprimiré. Y continúe. He bajado a la tierra concretamente para una cosa. Quiero que haga usted constar en el periódico mi más enérgica protesta por esos crucifijos que llevan ahora las beatas añejas y las vírgenes locas entre los senos. El crucificado no soy yo. Lo más, lo más, será cualquier pariente mío, de esos que murieron al por mayor en las matanzas de cristianos. Las cosas, en su debido lugar. No puede usted figurarse lo que molesta el que le traigan y le lleven a uno constantemente de acá para allá. Me rió hace pocos días mi augusto y serenísimo padre: «Parece mentira — dijo — que seas tan mentecato. ¿No tienes aquí once mil vírgenes para rezoar con ellas? Pues entonces no me explíco tu afán de acariar senos allá en la tierra. Beatas malolientes que no desdenarían el crucifijarte otra vez en carne y hueso. En cambio, ¿has visto aquella virgen de la izquierda, la que toca el pifano y luce un halo luminoso de color grosella, qué morbideces tiene?...

He aquí la causa de mi visita. He bajado para esto a la tierra. Estuve primeramente en el Vaticano y me expulsaron los guardias nobles. Después, en la mansión de un obispo, y me dijeron que yo ilustrísima solamente daba limosnas a los mendigos los viernes y sábados. En la casa de un monárquico me confundieron con el sereno. En una iglesia, el sacristán me largó un varazo con el apagacillos. Así, por tanto, me dije: Voy a ver cómo me recibe un ateo, y me presenté en su domicilio, que era uno de los más indicados, pues RENO-

VACION se lee mucho por allá arriba...

Sonreí a la narración. Le aseguré que se publicaría su protesta. Me ofreció su casa para lo que gustase mandar, y, tras unas palabras de salutación y agradecimiento, marchó.

He aquí mi única entrevista con Jesús el Nazareno, que no tengo inconveniente en entregar a la luz pública aunque se me tache de embustero. Por cierto que dejó al marcharse un tufo de sacristía...

DIÓGENES

Facetas del capitalismo

Un multimillonario en la cárcel

El capitalismo nos muestra cada día un signo de su decadencia. Más aún, prodiga esos signos, quizá porque su decadencia vaya con una enorme celeridad. Ahora, con el rapto del hijo de Lindbergh ha sido el norteamericano el que nos ha mostrado su podredumbre. Hemos tenido ocasión de ver que los gangsters están incrustados en la vida de Norteamérica con una fuerza temible. Que sus vastas organizaciones nacen en los bajos fondos, continúan en la policía, siguen en la Banca y terminan... ¿Quién sabe dónde terminan? Se ha llegado a decir que los gangsters extienden sus tentáculos hasta la misma Cámara de Representantes, que gobierna al país. Ahí se detiene el rumor. Pero que no haya aparecido vivo el hijo del aviador Lindbergh es una prueba palmaria de la influencia de los gangsters.

No cabe duda que ese es el signo más contundente de la decadencia de una civilización, de un sistema, de una moral. No se afanen los periódicos burgueses en hacernos creer que lo que con eso ha fracasado ha sido una moral sui géneris creada por y para los norteamericanos. No se afanen, porque no van a convencer a nadie. El enorme poder de los gangsters es el signo de la impotencia capitalista para llevar por buen camino a los Estados Unidos. Es que entre gangsters, banqueros y autoridades se han establecido unas estrechas leyes de solidaridad. La solidaridad de los que quieren oponerse a una nueva moral, a una nueva civilización que va mirando su poderío.

Pero hay una nota que muestra aún más al desnudo la inmudicia del régimen capitalista: ¡Curtis, el multimillonario Curtis, en la cárcel, por portarse como un vulgar estafador! Eso es lo que defiende la burguesía. Contra eso estará siempre nuestra fuerza.

Cuestiones sindicales

En el pasado Congreso de Juventudes Socialistas se puso de manifiesto una cosa fundamental. Y es que los jóvenes socialistas, adentrados en los problemas políticos y filosóficos, habían olvidado, en parte, sus deberes sindicales. Mejor dicho, que habían buscado en el campo político lo que no pudieron ver en el terreno sindical.

Fuimos nosotros los que tales afirmaciones hicimos en el citado Congreso, con la aprobación unánime de los allí reunidos. Decimos con la aprobación unánime, porque nadie osó levantarse a hablar en contra de esta tesis, defendida por la delegación madrileña.

Por eso a nadie extrañará que volvamos sobre el tema para dejar bien sentados los acuerdos de aquel Congreso.

Bien poco se ha hecho, en lo que a Madrid respecta, a partir de aquel comicio juvenil, en materia sindical. Tan poco, que nosotros, un poco exigentes, lo reconocemos, nos atrevíamos a calificar de labor nula, por no estar aún centralizada conforme a dichos acuerdos.

Los jóvenes socialistas lo son por una cosa fundamental: por ser explotados y pertenecer, por ende, a la clase de los desposeídos. Al darse cuenta de su situación, vienen a la organización sindical a unirse con sus hermanos de clase para, todos juntos, contener las ambiciones desmedidas del capitalismo, oponiendo un fuerte bloque ante sus explotadores y logrando, sindicalmente, ir arrancando mejoras que les colquen en situación de poder luchar con armas iguales o, al menos, parecidas a las que utiliza el capitalismo, unido siempre por sus cajas de caudales o por el cupón correspondiente.

Estos jóvenes, poco a poco, van adquiriendo una conciencia de clase, van perfeccionando sus conoci-

tos y, por ley fatal del régimen, se hacen socialistas, y desde el partido político utilizan armas idénticas a las utilizadas en el terreno sindical, cuyas armas son y se condensan en la necesidad de terminar con la explotación del hombre por el hombre.

De ahí que digamos que los jóvenes socialistas no son, no pueden ser antes socialistas, estrictamente dicho, que jóvenes organizados. Y no pueden sentir el Socialismo—salvo excepciones rarísimas—en todas sus manifestaciones esplendorosas si su espíritu no ha sido forjado en el crisol de la organización sindical, en el crisol de la fábrica y del taller, desde cuyos puestos se vislumbra, con rasgos naturales, toda la maldad, toda la injusticia que encierra el régimen capitalista, quien, para nutrirse y subsistir, tiene que anular, como máquinas inservibles, a millares de obreros del campo y de la ciudad.

Nosotros creemos ver un peligro en la actual interpretación por parte de algunos jóvenes, en lo que al problema sindical y político se refiere. Un peligro, porque con esa mentalidad caótica de establecer preferencias por el momento sindical o político, con ello buscamos, sin darnos cuenta de nuestra responsabilidad, la anulación de la dirección, por nuestra parte, en los Sindicatos y organizaciones obreras. Y el día en que el Partido Socialista pierda el control, pierda la dirección de las masas obreras—cosa que no sucederá porque son los menos los que así piensan—, ese día el Partido Socialista y la Federación de Juventudes Socialistas de España serían dos organismos con alma, pero sin cuerpo.

Otro día seguiremos hablando de estas cuestiones, a nuestro juicio, las más importantes de las tratadas en el pasado Congreso juvenil.

A. GARCIA ATADELL

En el pensar de los días

C. N. T.

Un hallazgo de bombas de gran intensidad explosiva. Una relación concreta entre este hallazgo y el asalto a mano armada de un Banco céntrico de la capital. Maquinaciones extrañas; esporádicas huelgas; asesinatos y atracos; las bombas, en caso de haber producido sus mortíferos efectos, quizá causarían multitud de inocentes víctimas. Las huelgas están produciéndose constantemente; sangre vertida de camaradas nuestros—camaradas queridos y buenos—habla en pro de este reguero sangriento. A los fabricantes de bombas, a los incendiarios, a los asaltantes a Bancos y comercios, a los conspiradores tenebrosos, sin nobleza de ideas; a los atacadores, a los mecheros, a los profesionales de la estafa y del mal vivir, a los asesinos de nuestros camaradas, a los organizadores de extrañas huelgas, que terminan siempre de formas absurdas y con hombres muertos, se les encuentra siempre un carnet que, con sus iniciales, parece ser el aval de todo esto, algo así como el salvoconducto de las mayores tropelías, que para todo exhiben y para todo les sirve. El carnet tiene tres letras. Nos duele pronunciarlas y nos duele estamparlas en nuestras páginas, al lado de nuestros artículos y de nombres nuestros. Helas aquí: C. N. T.

Confederación Nacional del Trabajo. Sindicalismo. Anarquismo. Tuvo razón César Lombroso cuando, al exponer las doctrinas de la escuela política criminal, adujo como ejemplo de criminalidad característica al anarquista. El insigne maestro italiano, que, como médico excelente, era buen psicólogo, vió la realidad de la doctrina y los individuos que la sustentaban y sentó el axioma precedente. En pocos casos característicos se ha confundido menos el penalista que en éste. Los que por azares de la vocación intelectual que se lleva dentro hemos estudiado sus huellas no tenemos reparo en afirmar la poca resistencia de éstas—de algunas de éstas—. Pero en otras, en que operó sobre datos reales, hay que seguirlas. Y nada mejor que la presente, ya que adujo sobre base cierta al decir que en todo anarquista se encuentran las características del criminal nato.

El individuo que lleva en sí estigmas de criminalidad puede ser un hé-

MOVIMIENTO JUVENIL

MARRUECOS

Ceuta.—Con asistencia de más de 2.000 personas, tuvo efecto, en la Casa del Pueblo, la entrega de una bandera de la Sección de Panaderos. Hizo uso de la palabra el compañero Pérez, el cual fué muy aplaudido.

ANDALUCIA

Guardahortuna.—La Juventud Socialista de este pueblo ha ingresado en la Federación Nacional de Juventudes de España.

El Carpio.—Se ha celebrado elección de Junta directiva, siendo elegidos los compañeros siguientes:

Presidente, José García Lara; vicepresidente, Antonio Jiménez; secretario general, Pedro Mejías López; tesorerero, Francisco Romero Villa; vocales: Antonio Jiménez Puente, Mariano Torres, Rafael Gutiérrez y José Castillejo Valderramas; correspondientes, Juan Pérez Canales.

Rosador.—Celebró junta general esta Juventud Socialista, en la cual, después de leída el acta de la anterior, se procedió a la elección de cargos vacantes en la Directiva.

Fueron elegidos los camaradas Juan Malpica Ramos y Cristóbal Orozco Martínez.

Se acordó, por mediación de RENOVACION, saludar a todas las Juventudes Socialistas de España.

Orgiva.—Organizado por la Juventud Socialista, se celebró, en el Centro Obrero, un acto, en el que intervinieron los camaradas Juan Rosillo y Rafael García, y Duarte y Salcedo, por el Partido. Todos los oradores fueron muy aplaudidos.

Cuevas del Becerro.—Ha sido renovado el Comité de esta Juventud, quedando constituido en la siguiente forma:

Presidente, Antonio Ponce Ramírez; vicepresidente, José Rosado Blanco; secretario, Andrés Perujo Benítez; vicesecretario, Francisco Mairena Castillo; tesorerero, Manuel Lozano Ortega; contador, José Nebró Rosado; bibliotecario, Francisco Ponce Rosado; vocales: Francisco Moncayo Amaya, Rafael Gil Moreno y José Blanco López.

Comisión revisora de cuentas: José Angulo Cerdón, Diego Ponce Rosado y José Ordóñez Rosado.

LEVANTE

Alcantarilla.—El día 2 del pasado celebró junta general esta Juventud, en la que se eligió el siguiente Comité:

Presidente, Juan del Cerro; vicepresidente, Salvador Ortuño; secretario, José Antonio Luna; vicesecretario, Damiani Lorente; tesorerero, Juan Pérez; contador, Bernardino Navarro; vocales: Francisco Zaragoza, Francisco Sáez y Francisco del Cerro.

Véanse los múltiples ejemplos que se han dado en las guerras, donde el triunfador, el condecorado, el que eleva su categoría, es el que más se ha distinguido y más ardor bélico ha puesto; es decir, el más sanguinario. Y este impulso atávico sanguinario lo adapta el Estado a sus funciones específicas, por medio de una política criminal, dando el salvoconducto. Este sanguinario—criminal nato—, adaptado al medio, es hombre honrado, valeroso. Si no hubiese podido adaptarse quizá concluyera en un presidio perpetuo. Todo esto para concluir en lo siguiente: El programa anarquista es un programa de violencia, meramente destructivo, basado en una sangrienta disciplina de lucha de clases. Una comprensión más ecuaníme del sindicalismo podría desvirtuar este sentido trágico de la doctrina. Pero las avalanchas de elementos que concurren a ella van seducidas por el espejuelo primero: la táctica violenta, donde puedan desahogarse los impulsos de crimen—enfermedad—. Hemos visto la realidad, bien poco ha, cuando en el Congreso sindicalista los moderados, a cuya jefatura se consideraba Pestaña, fueron derrotados estrepitosamente por la tendencia violenta—anarquista—. Eran los hombres, no las ideas. Eran los instintos, no los principios. En las mentalidades violentas solamente podían plasmarse una disciplina y unas orientaciones de violencia. Y así triunfaron Ascaso y Durruti, por ejemplo, en virtud del impulso de la masa, en mayoría grande, que veía fieles representantes de su tendencia violenta en ellos. Ascaso y Durruti, verdaderos anormales, casos de patología, que encuadran perfecta y adecuadamente en la teoría que a lo primero sustentamos de César Lombroso.

Claro es—y no tiene nada de particular—que después observemos cómo todos estos individuos se complican en actos de los penados por las leyes del país. Atracos, riñas, fabricación de aparatos explosivos—la morbosa faena de cargar de dinamita y de metralla las bombas—, son actos que responden a su personalidad civil y que aunque parezcan independientes van concatenados a su personalidad social y política. Se podría aducir que no es culpable el partido o la Sociedad obrera que recoge en sus filas a un afiliado de que este afiliado se dedique al robo o al asesinato. Evidentemente no, en casos excepcionales. Por ejemplo, si esto sucediera en la Unión General de Trabajadores, donde la ecuanimidad, la seriedad y la solvencia de sus doctrinas no riman bien con impulsos anormales. Pero la Confederación Nacional del Trabajo—hoy por hoy más violenta que nunca—, donde tiene refugio todos los pensamientos que hacen de la violencia un rito, tiene que estar formada por elementos de esta clase. Y los pocos que no son así concluyen por serlo, como resultado de una política desdichada y una adaptación al medio.

La solución a esto ha de buscarse en una labor depuradora y reformadora. Política de Gobierno sería enfocarlo de dos modos: uno, de depuración criminal; otro, de corrección criminal. En la primera caen grandes núcleos dirigentes; en la segunda, grandes masas dirigidas. Se pudiera hablar ahora de las tan manidas deportaciones a Bata, que solamente han tenido un defecto: haberlas hecho desde un punto de vista eminentemente político-burgués. Han ido mezclados dirigentes y dirigidos. En una República socialista he aquí la solución que se hubiese dado: deportación perpetua, completamente por vida, que pudiéramos decir, a los elementos directores; corrección a los dirigidos, es decir, enseñanza, para evitar una peligrosa adaptación al medio ambiente y lograr que esa masa llegase a nuestras filas. Rusia hizo algo de esto—quizá con excesiva dureza, pero disculpable al fin, vistas las circunstancias objetivas en que obraba—. Quizá España en una mañana tenga que hacerlo con la misma dureza. Por todos los medios, por todas las disciplinas políticas, la desaparición de esas iniciales, C. N. T., que avalan hechos y cosas rastreras y dan el coeficiente más grande de criminalidad. Y aquí no se equivocó al sentar doctrina César Lombroso.

S. SERRANO PONCELA

LA Internacional Socialista ha tomado el acuerdo de proteger a Rusia contra las invasiones del capitalismo.

Pueden tomar nota los comunistas, que tanto nos calumnian.

¿No les ganamos en revolucionarismo?

Hoy como ayer los gobernantes dicen a los pueblos:
¡Caminad! No hay obstáculos.



Los niños de la "Commune"

En los escritos y notas biográficas de la Commune surge como nota emotiva y extraordinaria la participación de los niños en los sucesos desarrollados durante el sitio, y más tarde en la defensa desesperada en los baluartes y barricadas levantados en las calles de París.

Millares de niños guiaron a las trincheras a los batallones adictos a la causa de la revolución; se prestaron voluntarios para transportar armas a través del fuego encarnizado de la furia versallesca; actuaron en trabajos secundarios junto a los artilleros, y en las batallas callejeras se igualaron en valor con los hombres, superándose a veces en entusiasmo. Picos, azadones y barras de hierro eran manejados por manos infantiles para levantar las piedras de las calles; ni un desmayo, menos aún una queja de dolor o desaliento, demostraron aquellos heroicos niños durante la semana sangrienta de la Commune.

Las tropas de Versalles, en su entrada triunfal a la población, cuando sus uniformes comenzaban a divisarse en lo alto de Montmartre, sacrificaron las primeras víctimas infantiles de la revolución, que en número de cuatro fueron a engrosar el montón de cadáveres que aquel día los sicarios de Thiers dejaron en París.

Como combatientes, los niños realizaron verdaderos prodigios de valentía. En la puerta Maillot niños de doce y quince años actuaron de artilleros; en el faubourg del Temple, entre los tiradores, había un niño que demostraba un gran entusiasmo. Cuando los soldados se apoderaron de esta barricada, y una vez fusilados sus defensores le tocó el turno a este niño, pidió al jefe de la tropa permiso para llevar a su madre el reloj que poseía. El oficial, quizá conmovido, le dejó marchar, en la creencia de que no volvería a presentarse ante él.

Cuál no sería su sorpresa viendo que a los pocos minutos el niño regresaba dispuesto a seguir la suerte de sus compañeros de lucha.

Fracasado el movimiento, los mismos niños pedían a las tropas encargadas de los fusilamientos que a ellos también se les incluyera para morir junto al padre o el hermano. Con los prisioneros, y formando filas interminables, muchos niños llegaron a Versalles para ser presentados ante el Consejo de guerra formado en esta población. Las respuestas seguras y valientes que daban a los jueces pusieron de manifiesto la firme convicción de unos ideales que nacieron al calor del hogar, junto a la miseria y explotación de que eran víctimas sus familias.

Setenta niños fueron condenados en París y las provincias; condenas que en la mayoría de los casos no llegaron a cumplirse por fallecimiento.

Los hombres que dirigían el movimiento revolucionario, ante las víctimas de la guerra, hablaban dicho: «La Commune tiene pan para todas las miserias y besos para todas las orfandades.»

La burguesía francesa pagó esta generosa intención inmolando por procedimientos salvajes a miles de seres, y no contenta con dejar huérfanos a los hijos de la clase trabajadora, llevó su ruín venganza a emplear bárbaros procedimientos contra las mujeres y los niños, macerando y hundiendo en muchos casos la bayoneta en los cráneos infantiles.

Como un sarcasmo cruel, el clero francés celebró la victoria burguesa con un solemne Te Deum. Una vez más la religión, eterna enemiga del proletariado, aplaudía a la burguesía su ruín labor festejando la degollina infantil con una función religiosa.

A. V.

Orden, paz y trabajo

El auge adquirido legítimamente en España por el Socialismo hace de éste una fuerza efectiva y arrolladora que en vano tratan de mermar esos elementos cuya conducta es tanto más inaceptable cuanto más se tenga en cuenta su táctica equivocada y perjudicial para el proletariado.

Sin más miras que la de la destrucción, sin otro ideal que el que ellos llaman «acción directa», sin otro ánimo que el de perturbar porque sí, son un día y otro lanzados los obreros a huelgas y paros que casi siempre motivan que la miseria se adueñe de las familias de esos proletarios cuya buena fe les lleva a caer en las organizaciones preconizadoras de doctrinas que constituyen una observación social, como si la defensa de los intereses obreristas pudiera estar a merced de revueltas huelguísticas que traen como consecuencia—y para demostrarlo sobran ejemplos—el hambre y la depauperación de las víctimas propiciatorias de ese sector que va de la mano de una llamada Federación Anarquista Ibérica.

Ni en España ni en ningún otro país necesita el proletariado una táctica anarquizante, para imponer sus derechos. De ahí que el Socialismo, en su táctica evolutiva, sea el crisol

en el cual va fundiéndose el bienestar del obrero, merced a las transformaciones que en la legislación social va imponiendo, con la intervención política y con el desarrollo legítimo y fuerza lógica de su conciencia obrerista.

Sin duda, es por esto por lo que se nos ataca. Mas como tenemos un elevado concepto de la misión que nos está encomendada, en cuanto a la transformación social, tenemos que dar de lado a cuantas insidias se lanzan contra la poderosa organización proletaria encarnada sindicalmente en la Unión General de Trabajadores, que lucha en pro del orden, de la paz y del trabajo, y políticamente, en el Partido Socialista Obrero, impulsor dentro de las esferas gubernamentales de la obra emancipadora de la clase obrera, que habrá de imponer su redención, sin acotar sus energías en revueltas judiciales para todos, y principalmente para los obreros que, engañados, siguen procedimientos en pugna con sus propios intereses, olvidando que es en la Unión General de Trabajadores y en el Partido Socialista donde pueden defender sus intereses por medios legales.

José BOURIO FERNANDEZ

Realidades e ilusiones

Pretendía yo con el artículo publicado anteriormente en RENOVACION cortar, dejando subsistente el problema, una polémica que, a mi juicio, no conducía a resultado práctico alguno. Y para ello comenzaba por sentar la premisa de que por nuestra parte no podíamos examinar a fondo el asunto referente a la participación ministerial mientras que en el sitio adecuado—Congreso del Partido—no se contrasten los diferentes criterios y se pueda hacer el balance de los beneficios y daños habidos para nuestro movimiento como consecuencia de la participación en el Gobierno.

Pero el amigo Carrillo dice que hay que entrar en el fondo del problema y nos hace unas cuentas consideraciones sobre las circunstancias políticas. Que si entráramos a analizar nos llevaría a la conclusión anterior, ya que para examinar si las circunstancias nos han forzado a adoptar tal o cual posición es preciso conocer la participación activa o pasiva que cada uno hayamos tenido en la elaboración de esas propias circunstancias. Cosa todavía inédita para los afiliados al Partido, por estar pendiente de discusión en el seno del propio Partido.

Ha creído encontrar en las resoluciones del pasado Congreso un arma poderosa contra mis argumentos. Y en verdad que puede que lo sean para otra ocasión; pero para ésta no. Por una razón muy sencilla: porque las Juventudes no podían acordar otra cosa. De no hacerlo así sería volver a tiempos pasados y desgraciados del movimiento juvenil socialista, en que se consideraba un segundo Partido. Y esta afirmación la prueba que todos nosotros aprobamos dicha resolución sin discutirla. Y sin haberlo examinado el organismo adecuado, mal podemos aprobar o desaprobar una cosa, si no es por el reconocimiento implícito de que como Juventudes no tenemos más remedio que aceptar lo que hace el organismo superior.

Pero dejando el pasado, el amigo Carrillo se enfrenta con el presente y llega a la conclusión de que es precisa nuestra presencia en el Gobierno, que no es igual que el Poder, para que se aprueben las leyes encuadradas en la segunda de las resoluciones de la misma ponencia del Congreso. Y en eso ya discrepamos.

Es evidente que en el actual Parlamento se van aprobando leyes protectoras de la clase trabajadora. Pero para nosotros no es suficiente el enunciado, sino el contenido de las mismas. El Control obrero ha quedado relegado a segundo término. La Reforma agraria se ha comenzado a discutir al año de abierto el Parlamento y después de retirarse el dictamen dos veces, para hacer nosotros unas cuantas concesiones más, con lo que se convierte en una cosa muy minúscula para lo que deseáramos. De paro forzoso, retiro a la vejez, etc., nada se ha hablado aún. Y debemos pensar que todos estos proyectos son presentados y aprobados en aquello que tiene de común denominador con partidos que, aun cuando democráticos, representan los intereses de la

burguesía. Lo que hubiéramos podido conseguir desde fuera con la fuerza de nuestras organizaciones y de nuestros diputados, pues el enemigo sabe bien que, de no hacer estas concesiones, la clase trabajadora, no tardando mucho tiempo, tendría que abandonarlas.

Ahora bien: el problema es no de estar dentro o fuera del Gobierno, que es una cosa accesoria y sobre la cual no creo haya que insistir, ya que ahora las circunstancias nos obligan a ello, sino de educación de la clase obrera.

Se halla tan arraigado el sentimiento individualista en el proletariado que es muy difícil que las medidas de tipo socializador prendan. Lo hemos visto con los contratos de arrendamiento colectivo. Lo podemos ver con la propia Reforma agraria, en la cual nosotros, socialistas, tenemos que votar la parcelación como mal menor, es decir, consagrar el individualismo si queremos mejorar la situación inmediata de los campesinos.

Hay que hacer Socialismo; pero en vez de imponerlo desde arriba, creándolo en la base. Es decir, conquistando los Ayuntamientos. Donde, para desgracia nuestra, se halla aún muy arraigado el caciquismo y donde muchos Ayuntamientos socialistas no son, por ignorancia, precisamente modelo de administración.

Esta es la cuestión. Como jóvenes, dediquemos nuestro tiempo, más que a divagar, a hacer cosas concretas. A hacer labor socialista, a que la clase trabajadora vuelva un poco los ojos a la doctrina socialista, pues así se explicará muchos de los fenómenos económicos que ahora no comprende. Y al propio tiempo aprenderá a no confiar exclusivamente en un régimen de democracia en el que, por muy buena voluntad que tengan sus defensores, no pueden dar solución a los problemas económicos, que sólo con una mentalidad socialista que sepa remontarse sobre los problemas circunstanciales de momento podrán tener remedio.

Mariano ROJO

«La Tierra» ha dado un «jipón». Atadell dió una conferencia el domingo pasado a los vendedores de periódicos, y en aquel acto se enuncia un periodista de esos que vierten sus inmundicias en el órgano de la calle de Jardines.

Tuvo la osadía de interrumpir al conferenciante cuando éste ponía al descubierto las lacras de «La Tierra», ante constantes ovaciones de los allí reunidos. Y el público, lo que a diario venden la prensa, arremetieron contra el periodista, arrojándole a puntapiés del salón.

Las posaderas del periodista de «La Tierra», en la tarde del domingo, han sido campo de experimentaciones futbolísticas. Y decía un vendedor de periódicos:

—¡Mi madre! ¿Qué manera de curruscurrearle!

Nuestro revolucionarismo

Los acuerdos de la Internacional

La Internacional Socialista se ha reunido en Zurich para tratar de la paz mundial amenazada. Y para que aprendan los que se dicen a nuestra izquierda lo que es espíritu revolucionario y de clase, véase el acuerdo que ha adoptado:

«La Internacional Obrera Socialista pide a todas sus Secciones nacionales que influyan cerca de sus respectivos Gobiernos para que no se eludan por más tiempo los compromisos contraídos por ellos mismos de hacer respetar la paz al agresor. Una guerra del Japón contra la U. R. S. S. sólo puede aprovechar a la contrarrevolución, así en Rusia como en el extranjero. Una agresión del Japón contra Rusia puede provocar una guerra mundial. Los trabajadores no deben permitir que se los lleve a ella, y deben reclamar:

1.º La evacuación inmediata y sin condiciones de las fuerzas japonesas de Shanghai y de Manchuria.

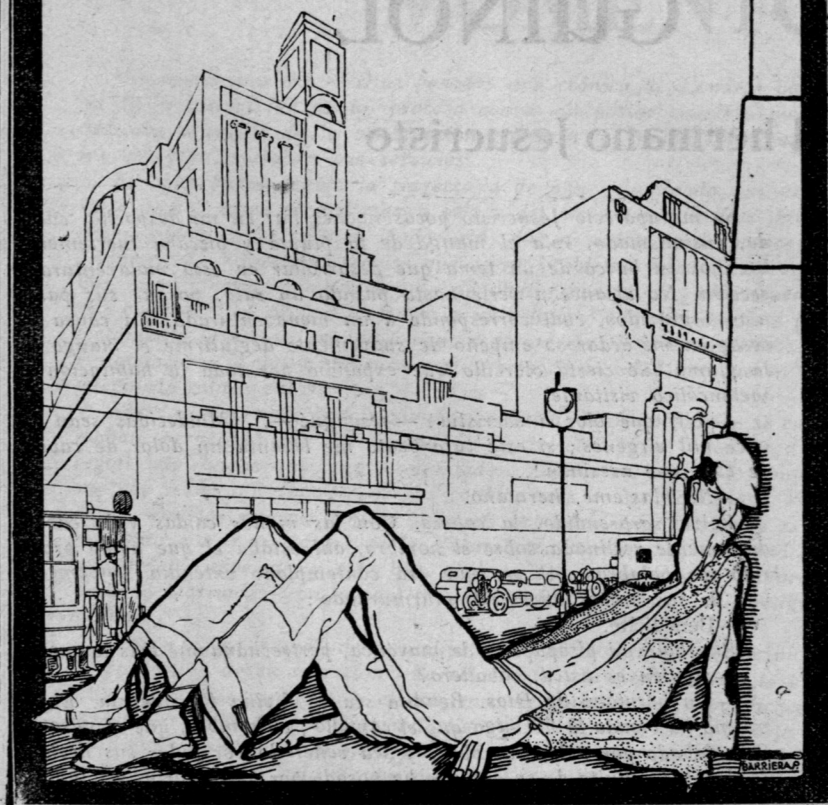
2.º En caso de negativa, la retirada de todos los ministros y embajadores cerca del Gobierno japonés.

3.º Si es preciso, la aplicación de sanciones económicas y financieras si el Japón no consiente en dar las garantías necesarias para el mantenimiento de la paz.

Si, a pesar de todo, continúa el Japón sus preparativos y sus amenazas de agresión contra la Rusia soviética, la Internacional Obrera Socialista se dirigirá a la Sindical Internacional para que ambas se opongan con todas sus fuerzas a la producción, al embarque de municiones, a los envíos de material de guerra y de mercancías para el Japón y se ponga en práctica el boicoteo de todo buque con destino al Japón o procedente de él.»

Así entendemos los socialistas la solidaridad internacional y el marxismo. ¿Verdad que podrían aprender algo de nosotros los comunistas?

PROGRESO Y MISERIA



Temas nuestros

Necesidad de la revolución

Muchos y muy graves son los problemas que los tiempos nuevos plantean al Socialismo mundial. Pero entre todos quizá ninguno gane en importancia al que supone la necesidad ineludible de proceder a la inmediata revisión de su desenvolvimiento táctico.

Primero la guerra mundial, y después su consecuencia lógica, la aguda crisis económica, han sido factores sociales decisivos que, a más de conmover al viejo mundo occidental, han forzado al Socialismo a avanzar con la jerarquía de un primer plano al fragor de las luchas políticas.

Se vió el Socialismo colocado en un puesto y desempeñando un papel que en realidad no correspondía más que a su capacidad y eficacia a sus previsiones. Los acontecimientos superaban muchas veces el desarrollo de su táctica, y al producirse conmociones violentas, tan peculiares de nuestra época, se encontraba sin preparación para afrontar el nuevo estado de cosas.

Un fenómeno típico y revelativo de esta naturaleza lo tenemos en Alemania, donde el Socialismo se despreocupó de sus características de clase para juzgarse todo en sostener una República burguesa que le debía ser ajena. Con esto sólo consiguió dar un golpe de muerte a la causa proletaria, ya que se puede decir que es un hecho el triunfo definitivo de Hitler, de la barbarie reaccionaria y capitalista.

Tenemos que añadir que no es posible ni aun hoy calcular las consecuencias inevitables del fracaso de la revolución alemana. Desde luego, la llegada de Hitler al Poder tendrá una repercusión fulminante e intensa en todo el orbe. Y es de desear que a muchos Partidos Socialistas no les coja haciendo el juego de la democracia y del liberalismo, que con la religión constituyen tres nefastos prejuicios burgueses.

No puede decirse, ni mucho menos, que en Alemania ni en ninguna parte haya fracasado el Socialismo en su valor científico, social y humano. Por el contrario, puede decirse que cada hora que pasa el mundo se impregna más y más de su espíritu. Desde la democracia social burguesa hasta el nacionalismo alemán acusan que en ellos han hecho mella nuestras ideas. Claro es que allí van a parar desdibujadas en su valor más noble, y esto es precisamente lo que constituye la experiencia más notable en que debemos fijarnos nosotros. Tenemos que caer en la cuenta de que el Socialismo es una fuerza de orden incompleto, de substancia peculiar propia, que debilitará sus posibilidades tanto como se le desvirtue uniéndolo a matices políticos híbridos de libertad y democracia, que en nada pueden favorecerle y sí en mucho perjudicarlo. Ahí está el ejemplo de los compañeros alemanes.

Aquí ocurre que, por desgracia, la revolución española—le llamaremos así por llamarle algo—se pa-

rece demasiado a la alemana. Tanto, que no es sino un calco y una copia. Aquí como allí sostenemos sobre nuestras generosas espaldas una República que no es nuestra, jugándonos nuestro control efectivo sobre la clase obrera por hacer bien a los burgueses.

Naturalmente que en situaciones semejantes no pueden engendrarse más que efectos y consecuencias iguales. Y sería una triste gracia que algún día la República española viniera a parar a lo que hoy es la alemana. Esto y no otra cosa es lo que dice la marcha precipitada y ardiente de las mareas sociales que agitan al mundo. El problema social no puede ya, fatalmente, resolverse con las viejas fórmulas burguesas, aunque pretendan disfrazarse de socialdemocracia. Se impone que la táctica socialista se restituya a sus características inviolables de clase.

En algunas zonas del Socialismo español se justifica nuestra castidud en revolucionarismo social diciendo que España no tiene el grado suficiente de evolución económica para implantar en plenitud el Socialismo, y eso sí que es puro prejuicio burgués. Una evolución económica adecuada es para ellos una industria y un capitalismo poderoso merced al cual exista bienestar social. Entonces sobre el Socialismo. Aparte de que no deja de ser una zandanga ayudar a crear un capitalismo fuerte para luego derrocarlo. Lo más seguro es que nos aplastará él a nosotros con ayuda de la reacción.

Y nada digamos de los que esperan que el paso al régimen socialista lo hagamos en esa paradisiaca evolución pacífica plena de la magnífica «juridicidad» hoy en moda. El capitalismo español aceptará algunas reformas, de poca monta, que para ser implantadas exijan una buena salud suya. Pero, como el de todo el mundo, se rebelará contra cualquier medida que afecte a la vitalidad misma de su ser.

De todas formas, la socialización tiene que ser producto de la fuerza, ejercida por la dictadura, y España, en este aspecto, es el país ideal, por la inexistencia de un capitalismo poderoso. Si hoy nuestro sino es crear riqueza que no existe, dignifiquémosla de antemano haciéndole nacer bajo el signo de la civilización socialista.

Gabriel Mario DE COCA

